

Nuestro árbol de Navidad

por Paula de Bosquiazzo — Barrio City Bell

Nos habíamos mudado recientemente a otra ciudad. Se acercaba fin del año y con ello la Navidad. La verdad es que no teníamos un árbol navideño grande, por lo que ese año deberíamos reemplazar al pequeño y viejo arbolito.

Una linda mañana, estando con mi esposo y con nuestras hijas en casa, a raíz de una discusión entre ellas, les propusimos hacer algo especial: les dijimos que iríamos al parque a buscar unas ramas de árbol seco, una maceta y nos pondríamos a trabajar.

Aunque no sabían muy bien que haríamos ¡les encantó la idea! Buscamos ramas caídas, las limpiamos, les sacamos las últimas hojitas que tenían, y con una cinta envolvimos las ramitas formando un pequeño árbol, ¡sin hojas ni adornos!

No quedaba muy lindo, pero lo especial de este árbol era que le iban a "brotar flores": ¿cómo? Bueno, eso necesitaría nuestro trabajo, esfuerzo y sobre todo la palabra "gracias".

Para que mamá ayudara a que el árbol tuviera flores, todos los integrantes de la familia tendríamos que hacer cosas por los demás, y aquellas personas a las que ayudáramos debían decirnos ¡Gracias! Es decir, que verdaderamente las personas sintieran nuestra ayuda, por lo que de propia voluntad nos darían las gracias.



Eso era lo que necesitaba el árbol: por cada acción "brotaría una flor". Uno a uno elegimos el color de nuestra flor, y por varias semanas estuvimos trabajando para ayudar al prójimo.

Les enseñamos a nuestras hijas que Cristo había hecho muchos pequeños y grandes actos cuando estuvo en la tierra, y que debíamos seguir Su ejemplo.

¿Qué aprendimos? Descubrimos que, sin darnos cuenta, todos los días hacemos cosas por los demás al mismo tiempo que ellos lo hacen por nosotros, y por ello tenemos que ser agradecidos.

Aprendimos a apreciar más el servicio que el Salvador llevó a cabo en la tierra. Aprendimos que la palabra "gracias" es **clave** para un mejor trato entre nosotros y nuestro prójimo. Aprendimos que a veces cuesta ser constante en la ayuda que damos, pero que luego nos sobreviene un sentimiento de paz que hace valer la pena el sacrificio. Y sobre todo, aprendimos que por medio de nuestro servicio al prójimo logramos que esa pequeña luz que tenemos dentro pueda brillar aún más.

Lo lindo de la experiencia fue que con gran entusiasmo mis hijas trataron de ayudar, ¡aunque sea a poner las servilletas en la mesa y esperar un "gracias" por ese simple acto!

Así, el árbol comenzó a llenarse de flores y se convirtió en uno muy colorido. "Ese será nuestro árbol de Navidad", dijo una de ellas. Quizás no fue un gran árbol, lleno de luces, de adornos brillantes, pero sí fue un árbol lleno de hermosos gestos de ayuda al prójimo; cada una de esas flores fue el regalito de un sincero "gracias". Supimos entonces que nuestro Padre Celestial estaría contento con nuestro árbol navideño. ■



En esta época tan especial,
libros y juegos para acercar
a nuestros niños a Jesucristo